

EL POTENCIAL AEREO Y LA GEOPOLITICA DE ESTADOS UNIDOS

Hoy día la guerra es demasiado mortífera, demasiado cara y demasiado peligrosa para la total estructura de una nación, y por ello no puede llevarse a cabo por motivos que afecten solamente al sentimiento. La perspectiva histórica en la que nos encontramos nos demuestra claramente que los Estados se levantan en armas sólo cuando la amenaza de agresión es tan inminente que sería una locura el seguir dudando durante más tiempo. Pero esta decisión, la de atacar y defender, ha estado siempre condicionada por motivos geopolíticos.

En cada momento de desarrollo que consideremos, sea la antigua ciudad-estado o bien una moderna nación industrial, el poder político ha propugnado siempre un plan de ataque o de defensa basado en su propia situación geográfica, en sus recursos y en las armas cuyo poder puede ser explotado según las conveniencias.

Con cierta frecuencia una nueva arma o sistemas de armas ha hecho su aparición. Si esta nueva arma revoluciona los medios convencionales previos del arte de la guerra, fuerza a los políticos y a los militares a hacer una pausa y a reconsiderar sus ideas. Así, el arco usado por los ingleses terminó con el largo reinado de los jinetes de pesadas armaduras, y la pólvora mostró lo vulnerable de los siniestros castillos, que durante siglos habían sido los baluartes del feudalismo. El cambio no se operó, desde luego, en una noche. A veces se necesitaban décadas para perfeccionar una nueva arma, y generalmente eran necesarias una serie de sangrientas victorias para convencer al hombre de que existía una nueva fuerza con la que en el futuro habría que contar. Pero cuando el cambio ocurrió, las ideas de los Estados respecto a sus ambiciones políticas y a la naturaleza de la guerra no volvieron a ser iguales a las que tenían antes del nacimiento de esa arma determinada.

En nuestro siglo tenemos un arma similar en los aviones de guerra. Han sido ya probados en dos guerras mundiales y en numerosas pero menos im-

portantes acciones. Tal vez ahora, con un radio de acción ilimitado, a velocidades supersónicas y portando la bomba atómica, haya llegado el momento para que los países vuelvan a considerar sus más fundamentales conceptos y decidir si éste es el comienzo de una nueva era en la política de las potencias internacionales.

Durante las dos guerras mundiales, los Estados Unidos se sintieron fuertemente inclinados hacia la causa de las democracias; ello fué debido a nuestros ideales nacionales y a nuestra tradición. Pero el hecho cierto es que cuando llegó el momento de declarar la guerra, el pueblo americano entró en ambas guerras por un motivo ampliamente geopolítico: el impedir que una sola potencia continental pudiera dominar toda Europa.

LA GEOPOLÍTICA HITLERIANA.

Aunque los esfuerzos de Hitler por conquistar Eurasia fueron influídos por el hechizo de la geopolítica de Haushofer, en realidad esta idea no era sino la continuación del sueño del Kaiser de «drang nach osten». El ferrocarril Berlín-Bagdad (de hecho desde Constantinopla hasta la boca del Golfo Pérsico), que los alemanes empezaron a construir en 1888 y cuyas cuatro séptimas partes estaban terminadas en 1914, quería convertir en realidad el sueño del Kaiser. Este ferrocarril hubiera dado a Alemania una salida al Golfo Pérsico, acercándola a la India, y el camino más corto por tierra entre el Océano Atlántico (Mar del Norte) y el Océano Indico (Golfo Pérsico). Una hegemonía sobre esta puerta del Oriente significaba para el Kaiser que Inglaterra y Francia—potencias navales—se convertirían en potencias secundarias, y que Alemania—potencia terrestre—pasase a ser el mayor imperio del globo.

Los geopolíticos Paul Rohrbach y Frederick Naumann habían dotado de cierto tono intelectual el sueño del Kaiser de «drang nach osten». Naumann, siguiendo a las ideas de Paul Anton de la Garde sobre la Mitteleuropa, preconizaba la unión política y económica de Europa Central con los Balkanes, administrada por un vasto imperio germano. Rohrbach pensaba que el Imperio británico podía ser atacado y herido mortalmente en el Cercano Oriente. El Kaiser estuvo a punto de obtener lo que soñaba. Durante la segunda guerra mundial, Hitler hizo suyo el mismo sueño y estuvo aún más cerca de hacerlo realidad.

Pero la Alemania de Hitler—potencia terrestre—fué derrotada por potencias navales (Inglaterra y Estados Unidos), con la ayuda de la Rusia so-

viética—potencia terrestre—, y un gran vacío geopolítico apareció en Europa. Los resultados fueron asombrosos. En cinco años Rusia «conquistó» sin guerrear más territorio y más población que los que los nazis habían podido acaparar luchando durante la segunda guerra mundial. Concretamente, Rusia tenía una extensión después de la primera guerra mundial de aproximadamente 8.176.000 millas cuadradas. En 1950 su territorio comprendía 8.591.700 millas cuadradas.

A estas cifras hay que añadir los países satélites del centro y del este de Europa, así es que en 1950, además de sus 8.591.700 millas cuadradas y de 200 millones de habitantes, Rusia controlaba: en Europa, 404.000 millas cuadradas y 91.778.000 de habitantes, y en el Extremo Oriente, 4.420.000 millas cuadradas, con una población de 461 millones de habitantes, totalizando todo ello la cifra de 13.415.700 millas cuadradas y 752.878.000 de habitantes.

Según una de las figuras más importantes en el campo de la geopolítica, sir Halford MacKinder, de quien los nazis y más tarde los rusos copiaron en gran parte sus esquemas para un «futuro orden mundial»:

- «Quien domina el este de Europa domina el "corazón".»
- «Quien conquiste el "corazón" dominará la Isla del Mundo.»
- «Quien domine la Isla del Mundo conquistará el Globo.»

Hoy Rusia soviética domina casi todo el centro-este de Europa, casi todo el eje transversal eurasiático, casi todo el "corazón" (el territorio que se extiende—según lo concibió sir Halford MacKinder—desde el Volga al río Yangtze y desde los Himalayas al Océano Artico). Su posición presente es como el crisol donde se funden los temores de dos generaciones de geopolíticos: un extensísimo conglomerado de continuo territorio bajo un mismo poder y casi inexpugnable desde el mar. Pero todavía Rusia no ha conquistado el mundo, y probablemente nunca llegará a hacerlo.

Las razones de este aserto se fundan en los variables factores de la Geopolítica, y especialmente en aquellos que se refieren al actual dominio del aire. Para comprender correctamente estos cambios tenemos que considerar el desarrollo de las teorías geopolíticas y su aplicación actual concretamente en los Estados Unidos¹ y².

¹ Comité de Asuntos Exteriores, *Background Information on the Soviet Union in International Relations* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1960), páginas 49-52; E. Day Carman, *Soviet Imperialism* (Washington: Public Affairs Press, 1950).

² Sir Halford MacKinder, *Democratic Ideals and Reality* (New York, Henry Holt,

TEORÍAS GEOPOLÍTICAS EN LA ÉPOCA PREAÉREA.

Solamente en épocas recientes ha podido el estudioso de las relaciones entre las potencias entender completamente los aspectos geopolíticos de las relaciones internacionales. Aun hoy la relación existente entre el aire y el mar y la tierra no ha alcanzado gran aceptación.

La Geopolítica, como su nombre indica, es la política emparejada con la geografía. Los teóricos de esta ciencia se esfuerzan en señalar que las relaciones internacionales y, por tanto, las internas, están controladas por los fríos datos de la geografía. Ideas e ideologías y particularmente los conceptos morales—según ellos—, tienen muy poco que ver con las maquinaciones de la política internacional.

El pequeñísimo papel desempeñado por las convicciones ideológicas en las decisiones internacionales es patente en la traición a Checoslovaquia—«la última democracia de Europa central»—por sus aliados demócratas en Munich; o en la «eterna amistad» entre Hitler y Stalin, quienes siendo enemigos ideológicos irreconciliables, unieron sus fuerzas so pretexto de ayudarse y de permitir el ataque a Polonia por Hitler y la desmembración de ese país por ambas naciones. De la misma manera podemos explicarnos la colaboración durante la guerra entre las «potencias capitalistas occidentales»—Gran Bretaña y los Estados Unidos—y su adversario ideológico la Rusia soviética; y si llevamos los razonamientos hasta el extremo, la decisión de Washington de ayudar a la «democracia» surcoreana tuvo menos que ver con el sistema político allí imperante que con los factores geopolíticos que lo envolvían. El Japón y Alemania—los peligrosos enemigos de América durante la segunda guerra mundial—están siendo hoy día rápidamente arrastrados hacia el campo antisoviético, ya que, hablando en términos geográficos, ambos representan las importantes bases desde donde atacar a las fuerzas soviéticas.

Basándonos en este razonamiento, la Geopolítica demuestra que existen ciertas fuerzas históricas y geográficas que determinan el rumbo de las decisiones nacionales. De aquí que la Geopolítica represente no solamente un intento científico de describir lo más concretamente posible el comportamiento internacional de los Estados, sino también un cuerpo doctrinal que puede ser empleado para promover objetivos nacionales.

Históricamente, filósofos y geógrafos, desde Platón hasta Kant, han des-

1942), pág. 150; esta tesis fué en principio una conferencia; ver «The Geographic Pivot of History», *The Geographic Journal*, XXXIII (1904), págs. 434-437.

arrollado la idea de que la geografía política se basa en la geografía física. En nuestro país—por ejemplo—, Frederick Jackson Turner y sus discípulos más capacitados han desarrollado un auténtico concepto dinámico de la geografía histórica de los Estados Unidos.

LA INFLUENCIA DE MAHAN.

La relación del fondo geopolítico americano, con el curso de la historia mundial, efectuada por el almirante Alfred T. Mahan, fué el primer intento total de relacionar el poder marítimo con la política nacional. Desde 1890 hasta su muerte, en 1914, Mahan publicó una larga serie de libros y artículos que definían los principios del poderío naval y pedía a los Estados Unidos que aceptaran cuanto antes estos principios cooperando con Inglaterra. Para Mahan, el poder marítimo era el factor más importante de la Historia. Pensaba que el control y el uso del mar—por razones militares y comerciales—habían desencadenado la mayor parte de las guerras que habían tenido lugar desde mediados del siglo XVII hasta comienzos del XIX. Para él, el dominio del mar era superior al poder terrestre como forma de expresión del poderío nacional. Además del papel desempeñado por la producción, el comercio marítimo y las colonias, Mahan añadía seis condiciones necesarias para el desarrollo del poderío naval: posición geográfica, configuración física, extensión del territorio, población, rasgos nacionales típicos y sentido y política de los Gobiernos.

Las teorías de Mahan tuvieron gran influencia en la política de los Estados Unidos y han dejado profunda huella en cualquier dirección posterior que se refiera al poderío marítimo. Se convirtió en el profeta del «Manifest Destiny», teniendo el mismo papel respecto al presidente Theodore Roosevelt, al senador Henry Cabot Lodge, a Albert J. Beveridge y a John Hay, que el fabuloso general Haushofer y los geopolíticos germanos desempeñaron con los nazis³.

³ Para una mejor visión de conjunto de las doctrinas geopolíticas, ver: John E. Kieffer, «Geopolitics-Development and Perversion», cap. IV, págs. 26-35, en *Realities and World Power* (New York, David McKay, Co., 1952; Joseph S. Roucek, *Twentieth Century Political Thought* (New York, Philosophical Library, 1946), págs. 313-336; G. Etzel Percy, «The History and Development of Political Geography», en G. Etzel Percy Russell H. Fiffield, editores, *World Political Geography* (New York, T. Y. Crowell, 1948), págs. 22-36. Desde el final de la segunda guerra mundial el interés por la Geopolítica, como tal, ha declinado mucho en los EE. UU., a lo más sólo han apare-

TEORÍAS SOBRE EL PODER TERRESTRE.

La teoría más completa del poder terrestre fué elaborada por un inglés, sir Halford MacKínder, de quien los geopolíticos del nazismo copiaron gran parte de su esquema para la conquista del globo. Interpretaba la historia en términos de lucha entre el poder naval y el terrestre, interesándole las condiciones bajo las cuales una u otra forma de poder podría desplazar a la otra. Estudiando los principios del poder naval, elaborados por Mahan, predecía que las relaciones entre el poder marítimo y el terrestre estaban a punto de cambiar en favor de este último. Sir Halford pedía urgentemente a Inglaterra que impidiese a Alemania la conquista del «corazón» de Europa y resolviendo la política mundial en estos términos de antagonismo entre los pueblos terrestres y los marítimos pensaba que el país que conquistase el «corazón» controlaría la Isla del Mundo, y por ende, el universo.

Haushofer, que había estudiado las teorías de MacKínder, señalaba la importancia de las escalonadas bases que unían a Inglaterra con sus dominios y colonias. ¿Qué era lo único que podía poner en peligro esta situación y el poder naval que la sustentaba? La respuesta era simple: un poder único que tuviese un territorio tan vasto y rico que el poder marítimo nunca pudiese cercarle con efectividad. Sir Halford vió ese gran trozo de territorio en lo que él llamó la Isla del Mundo: Europa, Asia y Africa. Lo imaginó como un poderosísimo cuerpo que dejaría a las bases inglesas en sus bordes sin eficacia alguna. Sobre este esquema, Haushofer desarrolló todo su plan de construir una Isla Mundial semejante. Veía éste cómo los dominios británicos comenzaban a desligar sus ataduras de la metrópoli, y creyendo que no existía una amistad real entre Inglaterra y los Estados Unidos, pensó que éstos serían neutrales en la segunda guerra mundial, dando así a Alemania potencia terrestre—la posibilidad de derrotar a Inglaterra—potencia naval—. Para ello bastaba un «paseo por el mar», esto es, conquistar las bases navales británicas situadas en el eje transversal eurasiático al mismo tiempo que la gran flota inglesa podía ser convertida en chatarra por enjambres de submarinos y de aeronaves.

La creciente importancia de los países no marítimos en la política mundial fué también tenida en cuenta por Haushofer. Con el reciente desarrollo entre estos países, las naciones de tierra adentro se «han independizado de

cido esporádicamente algunos libros que tratan de la visión político-geográfica, que al parecer es la que los americanos prefieren.

la costa». De aquí que la conquista de los centros de producción continentales sea ahora decisiva. El dominio de las rutas del comercio marítimo ha dejado de ser vital.

Con este razonamiento Haushofer estaba convencido del declinar político de Inglaterra, ya que el poderío británico se basaba en el dominio de las rutas marítimas. El toque de muerte de todas las naciones que basaban su poder en el mar y las relaciones marítimas estaba a punto de sonar. El dominio del vasto territorio llamado Eurasia y no el del mar era el principal objetivo de la política alemana. El «corazón» era la mejor base imaginable para el poder terrestre, la más inexpugnable de las fortalezas para basarlo y, una vez dominado, con el tiempo se llegaría a la conquista del mundo.

Hitler trató de llevar a la práctica las ideas de Haushofer, pero la inesperada resistencia soviética, ayudada por el poderío naval y aéreo de los aliados, echó por tierra el grandioso plan de Haushofer⁴.

LA APARICIÓN DE LA RUSIA SOVIÉTICA.

Para comprender la posición de Rusia en un futuro inmediato hay que tener en cuenta dos factores muy importantes que MacKinder no había visto. Antes del régimen soviético se podía decir con bastante seguridad que Rusia sería un país atrasado, subdesarrollado y prisionero de sus propias fronteras.

En ese momento la conquista de Rusia por una Alemania industrial era prácticamente la única amenaza a la paz mundial. Pero durante la segunda guerra mundial la U. R. S. S. surgió como una gran potencia por derecho propio. Políticamente, el Estado está bien organizado, y en lo económico su capacidad productiva la sitúa en segundo lugar, tras los Estados Unidos. Como fuerza militar es hoy día la nación más claramente agresiva del mundo. En resumen, Rusia ha desarrollado su imperio en el «corazón», y por el momento —como lo ha demostrado el conflicto coreano—su objetivo es la expansión hacia las tibias aguas de Asia, mientras que el centro-este de Europa es como un trampolín para la conquista del Occidente europeo. A pesar de estas enormes ventajas, ¿cómo es que Rusia no se ha lanzado a la conquista del mundo si ello era, según hemos visto, inevitable? La respuesta se tiene observando las modificaciones de las teorías geopolíticas debidas a la evolución del dominio aéreo⁵.

⁴ Para la versión más reciente de las teorías de Haushofer, ver: Griffith Taylor, editor, *Geography in the Twentieth Century* (New York, Philosophical Library, 1960, 103-104; 106-7, 589.

⁵ Para algunos de los más recientes trabajos que resumen o estudian los aspectos

EL DOMINIO DEL AIRE Y LA GEOPOLÍTICA.

Uno de los fenómenos más extraordinarios de estas últimas décadas ha sido el desarrollo de la aviación y su utilización en el campo militar y civil. Pero ha sido solamente después del comienzo de la segunda guerra mundial que el «dominio del aire ha sido oficialmente aceptado como expresión de la fuerza de una nación»⁶.

El poderío aéreo tiene una enorme ventaja con respecto al terrestre y al naval. Mientras que la tierra y el mar restringen y canalizan las comunicaciones, el aire permite un movimiento casi ilimitado. Desde el punto de vista militar, el primer paso en la utilización del aire es el conseguir una ventaja suficiente frente al enemigo, que sea capaz de garantizar el uso del espacio para los propios objetivos, privando de todo ello al adversario. El desarrollo del dominio aéreo ha desbancado a los conceptos tradicionales del poder nacional. El uso «táctico» del espacio ha invertido los factores que condicionan el actual empleo del espacio aéreo y marítimo. «En una guerra de superficie,

geopolíticos de la política exterior rusa, ver: Henry Pachter, «The Meaning of Peaceful Coexistence», *Problems of Communism*, X (enero 1961), págs. 1-8; David J. Dallin, *Soviet Foreign Policy after Stalin* (Filadelfia, J. B. Lippincott, 1961); Alvin Z. Rubinstein, ed., *The Foreign Policy of the Soviet Union* (New York, Random House, 1960), una selección de conferencias, principalmente de discursos y artículos rusos; Abraham S. Becker, «Comparisons of United States and USSR National Output: Some Rules of The Game», *World Politics*, XIII, 1 (octubre 1960), págs. 99-111; James G. Campaigne, *American Might and Soviet Myth* (Chicago, Regnery, 1961); José Julio Santa Pinter, «Economic Penetration of Communism in Latin America», *Ukrainian Quarterly*, XVI, 3 (otoño 1960), págs. 224-230; Elliot R. Goodman, *The Soviet Design for a World State* (New York, Columbia University Press, 1960); Joseph S. Berliner, «Soviet Economic Aid», *The New Aid and Trade Policy in Underdeveloped Countries* (New York, Praeger, 1960); Louis Fischer, *Russia, America and the World* (New York, Harper, 1961); George Ginsburg, «Neutrality and Neutralism and the Tactics of Soviet Diplomacy», *The American Slavic and East European Review*, XIX, 4 (diciembre 1960), páginas 531-560; etc.

⁶ Donald Eugene Smith, *A Comparative Study of the Influence of Airpower Upon the National Policies of Germany, Great Britain, the United States and the Soviet Union* (Washington, D. C., Studies in Political, Government and International Law, Abstract Series), I, 6; ver también: Arthur W. Tedder, *Air Power in War* (London, 1947); H. H. Arnold, el informe de la tercera guerra en *The War Reports of George C. Marshall*, H. H. Arnold and Ernest J. King (Filadelfia, 1947); Carl Spaatz, «Strategic Air Power», *Foreign Affairs*, XXIV (abril 1946); Edward Warner, «Douhet, Mitchell Seversky: Theories of Air Warfare», en E. M. Earle, etc., *Makers of Modern Strategy* (Princeton University Press, 1944), págs. 485-503; etc.

«el protegerse contra la aviación enemiga y el apoyo decisivo de la propia fuerza aérea en las operaciones marítimas y terrestres son hoy puntos decisivos.» Los ejércitos de tierra y las flotas no implican ya una guerra efectuada desde los propios elementos donde se mueven. El objetivo estratégico (creación y ejecución de operaciones que influyan directamente en el resultado de una guerra) había sido una función exclusiva de la potencia terrestre y marítima; pero hoy el dominio aéreo puede influir directa e indirectamente en todos los aspectos de la estrategia militar. Esto se ha demostrado por el bombardeo de las fábricas alemanas de rodamientos, o bien con el ataque a las islas ocupadas por los japoneses en el Pacífico durante la segunda guerra mundial.

En un cortísimo período las aeronaves de guerra han revolucionado la estrategia política y militar, como puede demostrarse en los casos de las principales potencias mundiales.

ALEMANIA.

Alemania ha desarrollado su poderío partiendo de Prusia como núcleo. Esto permitió al país la creación de una estrategia que pudiera usar con ventaja las líneas interiores de abastecimiento en caso de guerra. Pero al mismo tiempo—y ya que estaba rodeada por enemigos muy fuertes en tres de sus fronteras—su situación geopolítica pedía que impidiese una alianza entre esos vecinos. De aquí que el concepto estratégico de Prusia y de Alemania requiriese el evitar una guerra en dos frentes y en su lugar atacar primero a uno de ellos y después al otro. Siguiendo este esquema, Alemania llevó a cabo una serie de rapidísimos ataques y guerras que se conocieron con el nombre de «Blitzkrieg». Estos movimientos se vieron al principio coronados por el éxito, pero con el tiempo se convirtieron en acciones sin provecho ni ventajas, como se deduce de la guerra de trincheras de la primera guerra mundial y del fracaso de la campaña de Rusia durante la segunda guerra mundial. En esta última Alemania reforzó su «Blitzkrieg» terrestre combinándolo con el aéreo. El objetivo era el conseguir una superioridad en ambos campos y aplastar al enemigo con una combinación de sorpresa, apoyo táctico desde el aire y el avance de la Wermacht, antes de que sus vecinos pudiesen reaccionar. Esto no era sino la expresión de la clásica estrategia pruso-germana, puesta al día por el empleo de la fuerza aérea usada en su capacidad de apoyo táctico.

Pero la aviación de esta potencia terrestre demostró no ser eficaz cuando operaba separadamente del ejército de tierra. Creyendo que la misión de la

aviación era apoyar a la Wehrmacht, nunca pudieron entender ni desarrollar una teoría del empleo del espacio como fuerza estratégica; resultando que la aviación nazi se vió impotente para derrotar a Inglaterra o para impedir que ésta recibiese ayuda de Ultramar. Aunque importante, su ayuda no fué decisiva apoyando a las fuerzas terrestres en Rusia, y de esta manera una potencia terrestre ayudada por una poderosa aviación no pudo conquistar Eurasia. ●

INGLATERRA.

Según Mahan, Inglaterra poseía todas las características esenciales para desarrollar una poderosa fuerza marítima. El dominio del mar ha sido la piedra angular de la estrategia británica, tanto en la guerra como en la paz. Ahora bien, una serie de factores comenzaron a debilitar la estructura del poderío británico: la Commonwealth, la aparición de potencias fuera de la esfera europea (U. S. A. y Japón), el poderío naval de los Estados Unidos y del Japón y sobre todo la aparición del espacio como fuerza. Si el submarino había sido la más seria amenaza al dominio británico de los mares en la primera guerra mundial, durante la segunda la combinación de submarinos y aviación demostró lo vulnerable de Inglaterra, aunque ésta ejerciera de facto el dominio de los mares. Pero las lecciones que Gran Bretaña había recibido durante el primer conflicto europeo no cayeron en saco roto. Los estrategas británicos sustituyeron la importancia otorgada al mar por una estrategia militar que ponía en el primer plano a la aviación, y ésta fué la que salvó a Inglaterra en 1940. Esta se unió a los Estados Unidos para emplear el dominio del espacio como único medio de derrotar a Alemania y terminar la reconquista de Europa. Desde la segunda guerra mundial Inglaterra considera a la aviación como su primera línea de defensa, reconociendo que el continuar siendo una potencia marítima—en relación con los otros miembros de la Commonwealth y de América—depende solamente de su capacidad para dominar el aire y el mar, al mismo tiempo que las rutas vitales internacionales.

RUSIA.

Rusia, la potencia terrestre más importante hoy día, ha desarrollado su política histórica sobre las bases de una presión ejercida hacia el mar desde Moscú como núcleo, y de un control paulatino del espacio Eurasiático que la rodea. Estas presiones se debilitaron tras la primera guerra mundial debido a la incipiente organización del Estado soviético, pero en 1939 comenzaron

nuevamente. Sin embargo, los dirigentes rusos se dieron cuenta de la necesidad de complementar su política exterior con el poder aéreo. A partir de 1933 comenzó la fabricación de bombarderos y la estructuración de una fuerza aérea. Estos aviones de combate podían llevar a cabo misiones independientes, pero a medida que el territorio entre Rusia y Alemania fué conquistado por los nazis, los rusos desarrollaron una fuerza aérea táctica que apoyase a los ejércitos de tierra, y durante los dos últimos años de la contienda la URSS, con la ayuda aliada, obtuvo una superioridad sobre Alemania en el dominio del aire. Desde la segunda guerra mundial Rusia ha desarrollado su propia fuerza aérea, haciendo más hincapié en el terreno defensivo y en el del apoyo a los ejércitos terrestres que en el de la estrategia, aunque la presencia en Manchuria de cientos de bombarderos birreactores (expresión de su ayuda a la China comunista) indique que esta faceta no ha sido olvidada por completo.

Todos estos ejemplos, tomados de la historia contemporánea, nos muestran la cada día más extendida revisión de las políticas nacionales a medida que el impacto del papel que desempeña la aviación va penetrando en el pensamiento político. Pero la prueba final y más concluyente de la importancia vital de la aviación la encontramos en la reciente conducta de la URSS. Hace diez o veinte años la geopolítica se hubiera jugado su reputación como ciencia diciendo que un país belicoso que hubiera controlado la mayor parte de Eurasia, estando en posesión de un ejército con un poder de ataque superior al de sus enemigos, siendo prácticamente invulnerable a un bloqueo o ataque marítimos, estaría en una posición inmejorable para lanzarse a la conquista del globo. Rusia está ahora en esa situación, y ciertamente lo ha estado desde hace varios años. Entre 1945 y 1950 no han tenido motivos para lanzarse a una guerra, ya que los comunistas estaban en el proceso de anexionarse pequeños países por medios «pacíficos» lo más rápidamente que su aparato digestivo les permitía. La guerra fría, que en muchos de sus aspectos puede ser interpretada como un resorte para aliviar la amenaza de una acción aérea enemiga, dió un maravilloso resultado en aquellos años. Pero desde el momento en que los Estados Unidos hicieron su intervención en Corea en junio de 1950, las ganancias rusas cesaron de repente. Durante dos años la gigantesca batalla entre el comunismo y la democracia terminó en tablas; y este período fué aprovechado por el Occidente para reforzar y organizar sus alianzas defensivas internacionales, intensificando al mismo tiempo su rearme en un esfuerzo para cubrir el bache que en el terreno militar había ganado la U. R. S. S. en los años inmediatos a la postguerra.

Es obvio que el Kremlin se da cuenta de que su sistema de conquistar sim

derramamiento de sangre ha llegado a un punto muerto. Ve también que a medida que el tiempo pasa el Occidente está más unido y en mejores condiciones de defenderse. ¿Cómo es que Rusia ha permitido esta situación? ¿Por qué no atacó el año pasado o en la última primavera?

La respuesta más lógica a todo esto es que el poder de la aviación ha trastocado el equilibrio tradicional que entraña una decisión como la de declarar la guerra que es de tipo geopolítico.

El B-47 o el B-36 equipados con la bomba atómica pueden hundir una parte muy importante del cansado sistema industrial soviético. La velocidad y el radio de acción de los nuevos bombarderos han reducido al mínimo la protección que de antiguo podía tener Rusia con su considerable extensión de territorio. Los dirigentes soviéticos saben muy bien que la distancia entre Nueva York y Moscú por encima del casquete polar es solamente de 4.800 millas, y que entre cualquier ciudad importante de los Estados Unidos y otra de la Unión Soviética sólo existen unas 6.000 millas, y puesto que el radio de acción de las nuevas aeronaves es casi ilimitado, he aquí el arma que impide en la mayor parte de los casos al Politburó el empleo de Eurasia como un trampolín base para la conquista del mundo. La U. R. S. S. no desea ver destruidas sus fábricas y ciudades.

Es verdad que Rusia tiene a su disposición un enorme territorio capaz de dispersar poblaciones e industrias; puede tener recursos suficientes para llevar con ventaja una tercera guerra mundial, pero por primera vez en la Historia se da cuenta de que el «corazón» puede ser atacado y destruido. De aquí—en términos geopolíticos—que Rusia haya estado tratando de conquistar los «bordes» bien con tácticas indirectas, bien mediante guerras de guerrillas, o bien usando la estrategia de la quinta columna. Continuará sin descanso su rearme y pedirá a sus satélites que estén igualmente armados y preparados para cuando el Politburó encuentre el momento de asestar un golpe tan decisivo a los Estados Unidos que éstos no tengan posibilidad de responder.

El dominio del aire marca, pues, desde el final de la segunda guerra mundial, el nuevo rumbo de la geopolítica internacional. Ha aparecido una nueva fuerza que ni MacKinder ni Mahan habían previsto. Tal vez haya llegado el momento de efectuar una gran revisión de las políticas nacionales motivada por la adaptación del hombre al nuevo medio conquistado.

ESTADOS UNIDOS.

La imposibilidad por parte de Francia y de Inglaterra de frenar a Alemania en la primera guerra mundial obligó a los Estados Unidos en 1917-1918 a

restaurar el equilibrio de poderes europeo. Habiendo restablecido la situación—en el sentido de no afectar a la seguridad americana—, los Estados Unidos volvieron a su tradicional aislamiento, favorecido en los siglos anteriores por el sistema de la «Pax Britannica», y que se basaba en el dominio de los siete mares por la mayor potencia naval: Inglaterra. Cuando la guerra terminó, se pensaba oficialmente que el aire no aportaría cambios esenciales en las necesidades de la seguridad americana, y que en el caso de otra guerra la aviación tendría un papel menor y auxiliar. Pero las victorias espectaculares de Alemania en los comienzos de la segunda guerra mundial con su combinación de aviación y de fuerzas blindadas obligaron a que América cambiase de opinión. En 1943 el potencial aéreo de los Estados Unidos había cambiado hasta el punto de ser igual al terrestre y al marítimo.

La creciente aceptación de estos cambios introducidos por la aviación se reflejó muy pronto en la política exterior americana. Un gran número de acuerdos internacionales fueron firmados con otros países para el establecimiento de bases aéreas, permisos de tránsito para aviones militares y otra serie de ventajas que mejoraran las condiciones de empleo del poder de la aviación (los pactos con las naciones del Caribe y los países de Hispanoamérica, con Canadá y el trueque de «bases por destructores con Inglaterra»); se reconoció la independencia de Islandia y se enviaron tropas americanas; las bases de los Estados Unidos en las islas camino de Europa... La derrota del Eje fué debida en gran parte al poderío anglo-americano. La bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki fué una prueba más de la destrucción que llevaba consigo el dominio del aire. En 1945 la supremacía militar de los Estados Unidos se basaba en el control del mar y del aire y en su capacidad para fabricar armamentos.

Era, en términos militares, la nación más poderosa de la tierra. Tras la guerra, los Estados Unidos no se apresuraron a ensayar los aviones a reacción ni efectuaron ningún movimiento estratégico que fuese expresión del nuevo papel representado por la aviación. Fué solamente en 1947, con la creación del Departamento de Defensa, cuando el arma aérea consiguió el mismo rango que la terrestre y la naval. El Mando Aéreo Estratégico (S. A. C.) y el Mando de Defensa Aérea han reemplazado a la Marina como primeros pivotes de ataque y de defensa. La construcción de bases aéreas en la periferia soviética—sobre todo desde la guerra de Corea—se ha convertido en tarea mucho más urgente que la de obtener bases navales.

LA GEOPOLÍTICA Y LA ERA NUCLEAR.

De hecho, las discusiones más recientes en este campo conciernen solamente a la bomba H y a las armas nucleares; ahora bien, todavía falta una estructuración racional y sistemática de las teorías generales que sobre este punto se han expuesto.

En la mayor parte de los casos, estas especulaciones han tendido a pasar por alto las consecuencias que dimanarían de la existencia de las bases aéreas periféricas que rodean a la U. R. S. S., limitándose a decir que un cerco atómico absoluto es la única posibilidad que existe para el futuro inmediato. Esto nos ofrece una elección completa y final entre la mutua destrucción y una paz perpetua basada en el miedo⁷.

Las críticas más recientes han demostrado el peligro de la dependencia absoluta en la doctrina de las represalias en masa (Corea e Indochina); así, pues, los Estados Unidos deben de mantener no solamente su fuerza estratégica, sino también organizarla tácticamente, castigando las agresiones locales con tal fuerza y rapidez que obligue a los comunistas a pedir una tregua (the concept of the double deterrent).

Los Estados Unidos deben de estar en condiciones de destruir a la Unión Soviética mediante ataques estratégicos termonucleares controlando al mismo tiempo una táctica mortal rápida y flexible⁸.

La última consecuencia en este sentido es la preocupación mundial que

⁷ Thomas K. Flietter, *Foreign Policy*, «U. S. Foreign Policy and Military Power in the Hydrogen Age, New York, Harcourt Brace, 1954; Asher Lee, *Soviet Air Power and Rocket Forces*, Praeger, 1959; R. A. Preston & others, *A History of Warfare*, New York, Praeger, 1956, cap. 25; «Postwar Approach to Problems of War», Henry A. Kissinger, «Military Policy and Defense of the «Grey Areas», *Foreign Affairs*, XXXIII, abril 1955, 416-427; S. B. Jones, «Global Strategic Views» *Geographical Review*, XLV, 1955, 492-508; H. A. de Weerd, «Britain's Changing Military Policy», *Foreign Affairs*, XXXIV, octubre 1955, 102-106; Charles J. V. Murphy, «A new strategy for NATO», *Fortune*, enero 1953, 80 ff.; Herbert S. Dinnersteins, «The Impact of Air Power on the International Scene, 1933 a 1940», *Military Affairs*, XIX, verano de 1955, 65-71; Dale O. Smith, «The Role of Air Power since W. W., II», *Ibid.*, 71-76; Raymond L. Rathoff, «Soviet Attitudes Toward Modern Air Power», *Ibid.*, 76-80.

⁸ Finnletter, *op. cit.*, piensa que el Occidente debe de poseer en el espacio una arrolladora superioridad atómica, pero por el momento no la tiene; Dale O. Smith, *op. cit.*; Kissinger, *op. cit.*; Murphy, *op. cit.*, «The pistol and the Claw», *Time*, 1955, 10 de enero; T. W. Stanley, *American Defense and National Security*, Washington, D. C., Public Affairs, 1956.

existe a finales de 1960 de ver que toda la civilización puede ser aniquilada en una guerra nuclear.

Un físico británico, sir Charles P. Snow, ha dicho en la reunión de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia (Nueva York, diciembre 1960), que más de doce países estarán en los próximos seis años en condiciones de producir bombas atómicas. Dentro de diez años (más que predicción, una realidad, según él), muchas de estas armas habrán hecho explosión por razones de «accidentes, ligerazas y locuras».

EL DECLINAR DE LA FUERZA NUCLEAR.

El pueblo americano no desea la guerra; sobre este punto no hay dudas. También existe unanimidad en cuanto al método para evitarla. La teoría es que los Estados Unidos tienen que ser igual de fuertes o más que sus posibles enemigos. Además, ha de hacer saber que si un adversario sobrepasa el límite de lo que se considera tolerable, no dudará en emplear las mortíferas armas de que dispone. Hay también múltiples razones para pensar que Rusia quiere la paz y que piensa de la misma manera respecto a la fuerza como medio de evitarla. Ahora bien, el hecho histórico de que la creencia en los mismos principios no han evitado las guerras, no parece desalentar a ambos bandos.

Entre las varias personalidades que han tratado este tema podemos citar al cuasi oficial portavoz de la doctrina hoy existente: Kahn⁹. Por un lado, participa éste del mismo deseo de conservar la paz, y cree firmemente en la idea de que al enemigo sólo se le asusta con la fuerza, pero por otro no está tan seguro de cómo evitar la guerra.

Para que el potencial americano sea más consistente, Khan predica un apremiante programa de preparación para el caso de un ataque nuclear contra el país: medidas de defensa civil; reforzamiento de las defensas aéreas contra un ataque por parte de bombarderos soviéticos (por ahora, una amenaza más seria que la de los proyectiles), y, finalmente, la salvaguardia de unas aeronaves de la S. A. C. dispersadas en bases reforzadas. Cuanto mejor preparados estén los Estados Unidos para responder y recuperarse tras un ataque nuclear, más pequeño será el peligro soviético.

Además, Kahn es partidario de la creación de una fuerza convencional sin armas nucleares para aliviar la dependencia que existe en el potencial nuclear de represalias, pues a la larga, con el rápido desarrollo de técnicas

⁹ Kahn Herman, *On Thermonuclear War* (Princeton University Press, 1961).

JOSEPH S. ROUCEK

militares aún más terribles y la posesión de armas nucleares por las pequeñas naciones, piensa Kahn que ninguna posible combinación de medidas unilaterales de defensa podrá garantizar la seguridad nacional.

En resumen, Kahn cree que con un sentido claro y realista de la defensa nacional y un aumento sustancial en los gastos de defensa, América podrá evitar una guerra nuclear en la década de 1960 o sobrevivir y recuperarse si su potencial fallase. De lo que todavía no está totalmente convencido es de si llegarán pronto esos esfuerzos que él pide. «La capacidad de los pueblos y Gobiernos occidentales para ponerse de acuerdo en la búsqueda de las soluciones más deseables dentro del campo de los problemas militares—dice—es limitada.»

JOSEPH S. ROUCEK.

Presidente y Catedrático de los departamentos de Ciencia Política y Sociología. Universidad de Bridgeport, Connecticut.